

## La escondida senda

Escribe: ADEL LOPEZ GOMEZ

— I —

Frente a los anchos balcones de la vieja casa del notario, se extiende, tranquilo y apacible en la tarde de verano, el pequeño parque municipal. Hay en medio una frondosa ceiba que está cambiando de ramaje porque es, precisamente, el claro tiempo de abril. La luz crepuscular alarga las sombras de los árboles sobre el terraplén desnudo y amarillo. Ya pronto van a sonar las campanas vespertinas. Don Victoriano Cadavid, el notario del pueblo, descansa en su sillón, frente al aburrido cuadro lugareño. Clarita, su nieta, cose entre tanto un blanco paño de altar.

*Victoriano (cariñosamente)*—Estoy asombrado del entusiasmo que le pones a ese trabajo.

*Clarita (sin levantar sus ojos de la costura)*—¿Y por qué te asombras tanto, papá Vitorio?

*Victoriano*—Según el tiempo que llevas bordando esa tela, seguramente estarás haciendo una cosa primorosa.

*Clarita*—Cómo exageras... Hace apenas un mes que tengo esta costura.

*Victoriano (amablemente burlón)*—¿Un mes?

*Clarita (mirándole a los ojos)*—Bueno... Dos meses a lo sumo.

*Victoriano*—De todos modos lo estás bordando con tanto amor como si fuera un traje de novia.

*Clarita*—Es algo más importante que eso, papá Vitorio. Es un paño para el altar. Hace días que debiera haberlo entregado porque el padre Vicente lo necesita para el Domingo de Ramos.

*Victoriano (jovialmente)*—Es una suerte para la iglesia tener a su servicio a una artista tan delicada como tú.

*Clarita (con fingida severidad)*—Hazme el favor de no burlate de mí.

*Victoriano (enfático)*—Dios me libre de burlarme. Lo digo de todo corazón. ¿Qué harían el señor cura y su templo si no estuvieran esas manos blancas y milagrosas de mi pequeña Clarita?

*Clarita (con ternura)*—Siempre serás tú un viejo adulón y zalamero. Cualquiera que te oiga hablar pensará que soy la mejor bordadora del mundo.

*Victoriano*—Y aunque no me oiga, también tendrá que pensarlo. ¿Quién si no tú sería capaz de dibujar sobre la tela esos diminutos ramos y esos pequeños racimos de uvas que parecen trabajo de hadas?

*Clarita*—Dios mío, abuelo... Estás hecho un poeta esta tarde.

*Victoriano*—Esta tarde, no. Siempre que estoy contigo, porque tú eres la poesía misma.

*Clarita*—Decididamente has resuelto tomarme el pelo.

*Victoriano (con seriedad)*—Es lo último que se me ocurriría hacer, hijita mía. Solamente que para mí no hay nadie en el mundo mejor que tú.

*Clarita (suave)*—Será porque me quieres...

*Victoriano*—Por eso y porque vales todo el oro del mundo.

*Clarita*—Exagerado...

*Victoriano*—No sé. Tal vez lo sea. Pero para mí lo eres todo.

*Clarita (tierna)*—Y tú también para mí.

*Victoriano (caluroso)*—¿Lo dices con toda tu alma?

*Clarita*—Sí. Tú lo sabes. ¿Por qué me lo preguntas?

*Victoriano*—Por nada. Simplemente por el gusto de oírtelo decir.

*Clarita (seria)*—Eres todo lo que yo tengo en el mundo... Y no necesito más.

*Victoriano*—¿Estás segura de eso?

*Clarita*—Claro que estoy segura.

*Victoriano*—Eres demasiado joven para hablar así. ¿Quién sabe si algún día no te cansarás a mi lado y sentirás el deseo de vivir tu propia vida?

*Clarita (riendo)*—Estás sentimental esta tarde, viejo. Déjate de pensar ociosidades. ¿Qué es lo que tú llamas vivir la propia vida?

*Victoriano*—Tú lo sabes... Algún día el mundo tendrá que cambiar para tí.

*Clarita*—No veo cómo ha de cambiar ni me interesa que cambie.

*Victoriano*—No se puede hablar sobre esas cosas con tanta seguridad. Desde luego hay que pensar, por ejemplo, en que no podrás vivir conmigo toda tu vida.

*Clarita*—¿Por qué?

*Victoriano*—Porque te llevo muchos años y seguramente moriré primero que tú.

*Clarita (enojada)*—Me haces el favor de no hablarme de esas cosas...

*Victoriano*—Bueno. No te hablaré. Supongamos, entonces, que algún día regresara tu padre y quisiera llevarte con él...

*Clarita (con decisión)*—No me iría. Mi verdadero padre eres tú. Desde niña no he conocido más amor que el tuyo. Ya ni recuerdo cómo era él. Tú sabes que se fue al morir mi madre y que nunca hemos sabido más. Ni siquiera sabemos si habrá muerto.

*Victoriano*—No, no ha muerto. Eso lo sé con seguridad.

*Clarita (lógica)*—Si es así, mucho menos debo preocuparme por él, ya que él nunca se acuerda de mí.

*Victoriano*—¿Y si alguna vez se acordara?

*Clarita (con disgusto)*—Estás empeñado en complicar las cosas, abuelo. ¿Para qué pensar en eso?

*Victoriano*—Por mi parte sería un egoísta excesivo no pensarlo alguna vez.

*Clarita*—Pues tranquilízate, porque aquí, en esta casa, pienso vivir toda mi vida.

*Victoriano*—¿Aunque algún día llegue el amor?

*Clarita*—Aunque llegue. Si llega tendrá que quedarse en esta casa y cerca de tí si quiere hacerme feliz.

*Victoriano (conmovido)*—Mi pequeña... Mi niñita buena... Si la vida fuera tan sencilla como tú la ves...

*Clarita (volviendo a su costura)*—Ahora hazme el favor de continuar leyendo tu periódico y déjame continuar mi costura...

## — II —

Antes de que mediase abril, cuando aún no había sido colocado sobre el altar el lienzo primoroso que trabajaran las blancas manos de Clarita, ocurrió en el pueblo un hecho sensacional. Ramiro Montes, el mozo alegre de otro tiempo, el padre de la pequeña Clarita, que de allí estuvo ausente por cerca de quince años, regresaba ahora a la escondida tierra nativa, como el príncipe asombroso de un cuento de hadas. Había llegado súbita e inopinadamente. A la casa del notario muchos vecinos le vieron llegar una tarde, caballero en una mula espléndida y seguido de aparatosa impedimenta. Habla ahora con el cura de sus proyectos y de sí.

*P. Vicente*—Todo lo que me cuentas, hijo, me parece ciertamente asombroso. Quiera Dios que los éxitos que has alcanzado sean para bien de tus semejantes y para salvación de tu alma.

*Ramiro*—Así lo espero, padre.

*P. Vicente*—¿Me permites preguntarte una cosa?

*Ramiro*—Naturalmente, padre.

*P. Vicente*—¿Cómo pudiste pasar tantos años sin acordarte de tu hija?

*Ramiro*—Ya me imaginaba que algo así iba usted a preguntarme. Confieso humildemente que merezco el reproche.

*P. Vicente*—Sin duda que te lo mereces.

*Ramiro*—Pero no he dejado de pensar en ella un solo instante durante todos estos años. Toda mi lucha, toda mi esperanza, estaban puestas en ella...

*P. Vicente*—Debiste pensar que eso no era bastante.

*Ramiro*—¿Qué quiere decirme con eso, padre?

*P. Vicente*—Perdona mi rudeza, hijo. Quiero decir que no es bastante decir ahora esas palabras, por más que sean buenas, después de toda una vida de silencio y olvido.

*Ramiro*—De silencio pero no de olvido. Mi hija ha sido durante todo ese tiempo, le repito, el objetivo único de mi esfuerzo.

*P. Vicente*—Es extraño...

*Ramiro*—¿Qué es lo que le parece extraño, padre Vicente?

*P. Vicente*—Que solo ahora aparezca esa intención. ¿No crees que debiste expresarla y mantenerla durante todo el tiempo pasado?

*Ramiro*—Quizá fue un error... Yo sabía que estaba a buen arrimo. De todos modos no hay que hablar de faltas pasadas. Ahora soy rico y estoy en condiciones de darle a mi hija todo lo que nunca ha tenido.

*P. Vicente*—¿Qué?

*Ramiro*—Quiero ser para ella una especie de príncipe de leyenda. Ante todo la llevaré lejos de este pueblecito escondido y pobre, que es como el último rincón del mundo.

*P. Vicente (sonriendo)*—¿Y qué más?

*Ramiro*—Le compraré lindos trajes y lujosos coches y la llevaré a conocer hermosas ciudades.

*P. Vicente*—¿Y ella qué dirá de todo eso?

*Ramiro*—¿Qué duda cabe!... Estará deslumbrada. Se pondrá feliz. Su vida ha sido vulgar y triste.

*P. Vicente*—Quien sabe...

*Ramiro (suficiente)*—¿Pero es que lo duda usted?

*P. Vicente*—Otra vez te ruego que me perdones. Pero la verdad es que dudo un poco de la virtud omnipotente de tu dinero en este caso especial.

*Ramiro (irónico)*—Comprendo su punto de vista, padre Vicente. Al fin y al cabo usted es una alma sencilla...

*P. Vicente (ecuanime)*—Quieres decir, aunque no lo digas, que no soy más que un pobre cura de pueblo, ya viejo y anticuado y bastante simple, ¿no es eso?

*Ramiro (disculpándose)*—No, claro que no. Desde luego no quise decir eso.

*P. Vicente*—Bueno, en fin: no importa... Como quiera que sea, ¿en qué puedo servirte?

*Ramiro*—Aconsejando a mi hija sobre lo que debe hacer.

*P. Vicente*—¿Tiene ella algunas dudas?

Ramiro—Sí. Las tiene.

P. Vicente (irónico)—Es sorprendente. Después de haberte escuchado empezaba a imaginarme que estaría ansiosa de marcharse contigo.

Ramiro—Estoy seguro de que, en el fondo, ese es su mayor deseo.

P. Vicente—Quizás. Pero en ese caso yo no puedo servirte de nada.

Ramiro—¿Por qué?

P. Vicente—Porque no tengo el derecho de tratar de torcer en ningún sentido los impulsos del corazón de Clarita. Además tú mismo confías en que su decisión final se conformará a tus deseos.

Ramiro (secamente)—¿No serán otras sus razones, padre Vicente?

P. Vicente—Podría tener otras, pero esa sola me parece bastante.

Ramiro (apremiante)—¿Entonces me niega usted su ayuda?

P. Vicente—Pero si no necesitas ninguna, hijo. Estás tan seguro de tí mismo y de la felicidad que puedes dar a tu hija, que mal puedes necesitar la cooperación de un humilde cura de aldea para convencerla de cosa alguna.

Ramiro—Quizá tenga usted razón, padre. Solo quería que disipase en ella los débiles escrúpulos que seguramente abriga por tener que abandonar a su abuelo.

P. Vicente—En ese terreno es ella solamente quien debe decidir, sin ingerencia de nadie, pues doy por seguro que en este caso no querrás hacer valer —tardíamente— tu paterna potestad.

Ramiro (secamente)—Ese es asunto mío... De todos modos, muchas gracias, señor. (Se marcha).

— III —

Otra vez ante el ingenuo jardinillo aldeano. Termina de desteñirse la tarde. Vuelan las palomas jugueteando entre los árboles mientras llega la hora de refugiarse a la sombra del campanario. Todos los personajes de esta ingenua historia —por primera vez reunidos en el espacioso salón de la casa del notario— dicen sus palabras definitivas.

P. Vicente (al abuelo)—Ya le dije antes a Ramiro que a mi juicio, esta es una cosa que debe resolver Clarita por sí misma, salvo el caso de que él esté dispuesto a imponerle su autoridad.

Ramiro—Lo cual no es el caso.

Clarita (al cura)—Pero usted, padre Vicente, es mi confesor y ha sido siempre mi consejero.

P. Vicente (grave)—Hay sectores del corazón y del alma a donde no debe llegar ni siquiera un padre espiritual. Ni tu abuelo, ni tu padre, ni yo queremos llegar hasta allí. Se trata de tu vida y de tu propio destino.

*Victoriano*—Por mi parte, ella sabe que no deseo cosa distinta de su felicidad... (*a Clarita*)—Una sola cosa te ruego, hija mía: no pienses en mí. Piensa solamente en tí y en lo que más te convenga... Cada vida tiene su derrotero y el de la mía está ya en su etapa final.

*P. Vicente (a Clarita)*—Eres tú, niña, quien debe decidir libre de toda influencia.

*Ramiro*—Me parece justo. Lo que dice el abuelo es muy razonable. Lo único que importa es la felicidad de Clara. De esa felicidad me encargaré yo. Tengo los medios suficientes para proporcionársela, y estoy seguro de lograrlo.

*P. Vicente*—Muy seguro estás, Ramiro...

*Ramiro (secamente)*—Y creo que se justifica mi seguridad.

*Victoriano*—Es comprensible, claro está, padre Vicente. El es joven y rico... Puede ofrecerle a su hija muchas cosas...

*P. Vicente (a Clarita)*—¿Has pensado en todo eso, Clarita?

*Clarita (gravemente)*—En todo he pensado, padre.

*Ramiro*—¿Y cuándo tomarás tu decisión definitiva, hija mía?

*Clarita*—Ya la he tomado, señor.

*Ramiro*—Excelente. Creo que tendrás bastante con dos o tres días para hacer tus preparativos de viaje.

*Clarita (sorprendida)*—¿De viaje? Yo no pienso viajar... No lo deseo...

*Ramiro*—¿Cómo? ¿Quieres decir que te quedas con tu abuelo?

*Clarita*—Sí. Es mi resolución definitiva.

*Victoriano*—¿Lo has pensado bastante, hijita?

*Clarita*—Solo tenía una cosa que pensar: cómo decirle a mi padre que nunca te dejaría.

*Ramiro (autoritario)*—Pero si yo soy tu padre. Tengo perfecto derecho a llevarte conmigo. Si he dejado a tu juicio la decisión de este asunto, es solo por consideración al abuelo.

*Clarita (con firmeza)*—Te ruego, padre, que me perdones... Papá Vitorio ha sido en la vida todo para mí... No quiero quedarme con él por agradecimiento. Es que estoy segura de que no podría vivir sin él. Juntos hemos vivido desde cuando yo no era más que una niña... Cuando no tenía madre para que me meciera en la cuna, él aprendió canciones para cantármelas y dormirme con ellas... Juntos hemos andado por el campo y hemos pasado muchas tardes mirando desde el balcón de esta vieja casa el vuelo de las palomas... Mientras tanto tú estabas lejos... Yo no sabía una sola palabra de tí... Hasta me cuesta trabajo llamarte papá... No quiero reprocharte nada, pero te pido que comprendas: esta es mi casa y esta es mi vida...